

El Baluarte

Subscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 750
Ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NUM. 190

Sevilla—Sábado 22 de Agosto de 1903

AÑO XXVII

LAS RELIGIONES

12

EL LATIN Y LOS LATINOS

Todos los elementos que contribuyen al sostenimiento del catolicismo tienen por base la obscuridad de los tiempos. Todos son un misterio; todos son puras leyendas mal hilvanadas y sin pizca de amenidad. Todo en ello es aridez y todo repugnante ante la sana razón.

—El *latín*—dicen sus defensores—es el lenguaje del *Lacio*, el lenguaje oficial del Imperio Romano.

En el *Lacio*—dice un historiador italiano—debía elevarse la potencia preponderante, no sólo de Italia, sino del mundo. Dicese—continúa—que los sabinos expulsaron de las alturas de los Apeninos a los aborígenes, y que éstos, a su vez, arrojaron del *Lacio* a los sículos, fundando muchas aldeas. (Los sículos, según esto, vivían al aire libre.)

Enriquecidos los aborígenes con el comercio, enviaron a España una colonia que fundó a Sagunto. Un vínculo religioso (ya pareció aquello) unía las distintas poblaciones de los aborígenes el *Luco Ferentino* (monte sagrado y hoy monte Marino). En este punto se reunían los aborígenes para oír los oráculos que desde el fondo de la selva *Albunea* pronunciaba *Jano*, dios de los montes. La capital del *Lacio* era *Alba*.

Vivían felices los aborígenes, cuando se le ocurrió a *Saturno*, uno de los dioses de Grecia, presentarse en Italia con una formidable escuadra. Y, claró está, el dios griego apabulló en un periquete a los poderosos aborígenes y tomó posesión del reino ó república del *Lacio*, pues está aún por averiguar aquella forma de gobierno.

De la colonia (ya se decía colonia, aunque no había nacido Colón) importada en Italia por *Saturno*, proviene el nombre de *latinos* (?).

No me opongo. Pero yo hubiese aplicado a los nuevos dominadores del *Lacio* el nombre de *grecianos*, por provenir de Grecia, ó de *saturninos*, por haber sido conducidos allí por el dios Saturno. ¿Pero *latinos*? No le veo la punta, francamente.

No tiene, sin embargo, en cuenta el historiador que mucho antes de llegar a Italia la expedición *saturnina*, que fué origen de los *latinos*, dice, al hablar de la religión de los aborígenes, que éstos hacían solemnnes sacrificios (no dice si humanos), durante las *ferias latinas* (?). Y como estas *ferias latinas* tenían por objeto oír los oráculos que *bramaba* el dios *Fauno*, desde lo más profundo de la selva del monte *Luco*, no se ve tampoco por aquí el origen del nombre de *latinos*. A menos que los derivados en aquel tiempo no tuviesen relación alguna con el nombre sustantivo. Más propio sería el nombre de *leucanos* ó de *faucanos*.

Los primeros reyes de los nuevos moradores del *Lacio* fueron *Pico 1.º* y *Latio 1.º*. Pero—hé aquí que llega una nueva colonia de arcades, capitaneada por *Evandro*, y da al traste con la dinastía *picona* ó *saturnina*.

Transcurren 200 años y, reinando *Latio 2.º*, se presenta una nueva expedición de fugitivos de Troya, conducidos por su príncipe *Eneas*. *Eneas* vence a los arcades ó *evandros* y establece su trono en *Alba*, donde reinaron sucesivamente nada menos que 16 reyes de la dinastía *Troyana*.

El último de estos reyes, de nombre *Numitor*, ocupó el trono asesinando a su hermano *Amulio*. Este sólo tenía una hija, de nombre *Silvia*, en la primavera de su edad, y hermosa entre las hermosas, como lo son todas las princesas.

Numitor, para asegurar la sucesión de la corona en su descendencia, obligó a su sobrina a consagrar su virginidad a *Vesta*. Es decir, a encerrarse en un convento. (¡Ya había conventos!)

Pero *Numitor* no contó con la huéspeda, como decimos ahora. Y *Marte*, dios de la guerra, al ver el crimen cometido por *Numitor* con su hermano, y, sobre todo, la bribonada llevada a cabo con su sobrina, la hermosa *Silvia*, dijo al malvado:

—Tú las pagarás.

Y tomando cartas en el negocio, hizo que *Silvia* concibiese, sin obra de varón, y diese a luz (no dice la Historia si con dolor ó sin él), no uno, sino dos hermosos y robustos gemelos, que, más que niños, parecían, por su tamaño, brillo y morbidez de sus carnes, dos terneros. A estos dos hijos de la *gracia divina* dióseles el nombre de *Rómulo* y *Remo*.

Numitor, que no se dormía sobre la paja, sabe lo del parto de su sobrina y manda que los tiernos infantes sean arrojados al Tíber. Y gracias que no los mandó extrangular.

Pero *Marte*, que no quitaba la vista de su protegida, hace que las aguas conduzcan a los dos infantes a la orilla del río, festoneado por aquella parte por impenetrable bosque.

Y hé aquí que hiende la espesura una hermosa loba, con dos mamellas como dos melones malagueños, y colmando de besos a los regios y tiernos vástagos, carga con ellos y los coloca en su madriguera, en la mismísima cama que sus cachorros.

MERCURIO.

Madrid, Agosto, 1903.

Murmuraciones

El Sr. Canalejas ha dado orden a sus huestes para que, en las próximas elecciones, en donde no se presenten candidatos canalejistas, voten con los partidos afines con sus ideas dentro de la monarquía.

El Sr. Canalejas no hace más que ahuecar la voz para que le oigan en Palacio, y, como en Palacio están ocupados con los preparativos de viaje, el eco se pierde en el vacío.

Pero, en fin; en Sevilla hay un canalejista, Juan José Serrano Carmona... Pueden los monárquicos afines a Canalejas contar con su voto.

Los más afines, porque se titulan demócratas, son los llamados borbollistas. Ya tienen un voto más.

Dicese con insistencia que uno de los agraciados con el premio gordo en Sevilla es Juanito Vázquez, sobrino de Manolito el de la Venta de Eritaña.

¿Será verdad?

¿Será mentira?

Pero, señores, ¡qué cucos son los agraciados con el premio gordo!

En cuanto le ven la cara, esconden ellos la suya para que no vayan a darle la enhorabuena.

Juanito, es decir, Sr. D. Juan, digo, Excmo. Sr. D. Juan: ¿es verdad que su señoría le ha visto la cara al premio gordo?

Si es verdad, ¿quiere su señoría decirme si tiene barba y bigote, ó bigote solo?

Todas las opiniones están contextes en que una buena parte del premio gordo ha entrado por las puertas del Pasaje de la Venta de Eritaña.

Dámole, por consiguiente, la más cariñosa enhorabuena al Sr. D. Juan (agraciado) y el Sr. D. Manuel (tío del agraciado).

Si entre tío y sobrino, después de tanta música, no logro que me den siquiera un chato, ¡entonces me habrá lucido!

Por una conversación sostenida entre D. Alfonso y el director de *La Epoca*, el parche bombístico de la presente situación, nos enteramos de que el rey de España ha dicho que es gran devoto de la

Virgen del Pilar, y que, por eso mismo, en su anunciado viaje irá a visitarla y a orar ante ella.

Entonces... ¡ya hay monarquía para rato!

Nosotros los republicanos no contábamos con la Virgen del Pilar.

Desde que me he enterado de lo anterior, he perdido todas las ilusiones.

¿Quién es capaz de contrarrestar esa fuerza avasalladora que supone la Virgen del Pilar?

En diciendo ella:—¡Hay lista civil para rato!—no hay más que echarse a dormir.

Cuenta un telegrama de *El Liberal* de Sevilla que en la calle Sánchez Bustillo de Madrid dió a luz una mujer porque no la habían querido admitir en el Hospital excusándose con que no había cama.

Si los madrileños han querido ponerse moños con ese hecho inesperado é inusitado, sepan que nosotros los sevillanos tenemos la supremacía.

No hace dos años todavía que ocurrió un caso igual en Sevilla.

Llegó una mujer a la puerta de la Inclusa é imploró el favor de que le dieran hospitalidad porque... iba a parir.

La hermanita guardiana, toda hecha un tomate de rubor, la objetó que el reglamento de la Casa prohibía parir en ella.

—¡Señora, por caridad!—decía la afligida madre.

Y la hermanita le contestaba que el artículo tantos del Reglamento se lo prohibía.

La gente que pasaba por la calle, que no entiende otro reglamento que su buen corazón, recogió a la mujer y le proporcionó asilo para que en él diera a luz un soldado para la patria.

No es nuevo, por tanto, ese caso triste acaecido en Madrid.

—Pero si en el Hospital no había cama, ¿qué iban a hacer?—es posible que diga una doctrina reglamentarista.

Primero y principal: En un hospital siempre hay cama, ó siempre debe haberla para eso.

La cama del médico, la de la madre superiora, la de la hermanita de guardia, la del Espíritu Santo... ¡cualquiera! Incluso hacer una vacante a costa de un enfermo que no tenga que parir.

En ese Hospital de Madrid sobran camas, como sobran en casi todos los hospitales.

¡Lo que falta en muchos de ellos es corazón!

Aseguran los políticos que es una infamia pensar que el señor de Villaverde juega a la Bolsa... Será una infamia, como dicen, yo no lo voy a negar; pero entiendo que, si juega, en su derecho estará...

Que al fin, como cada quisque, tiene derecho a aumentar el producto de sus rentas y de su gran capital.

Esas cosas no me extrañan ni me indignan, ¡la verdad! ¡Quién puede, con más ventajas que Villaverde, jugar!

Historia que parece cuento, y que no es cuento:

“El párroco de un pueblo de la provincia de Cuenca amaneció, un día del pasado Mayo, atado en su domicilio.

Los vecinos, enterados, le desataron, y entonces el cura corrió a un almarío, donde guardaba un rico terno de iglesia, diciendo que se lo habían robado.

Así quedó la cuestión.

Ahora se ha presentado al juzgado de Tarancón el ama del cura, diciendo que el ladrón era el mismo cura.

Se ha averiguado que un sobrino del cura, de acuerdo con éste, le ató y se llevó el terno, fingiendo el robo.

Ha sido encarcelado el cura, y su sobrino y el ama, como encubridores.

Y se me ocurre a mí preguntar:—Dios, ¿qué dirá de todo esto? ¿Seguirá bajando, sin darse por ofendido, a las manos del cura ladrón? ¿Y me quieren ustedes decir qué eficacia podrá tener un responso cantado por ese alma mía que vende hasta el copón?

El Liberal de Madrid, en su sección de anuncios, publica el siguiente:

“CASAMIENTO

Se pretenden relaciones con mujer que tenga capital y edad de 24 a 32 años. Escribese a Lista de Correos, cédula 12,729.”

Señor don... Cédula 12,729.—Lista de Correos.—Madrid.

Muy señor mío: La que suscribe, de edad de 32 años y medio, no mal parecida, pero con capital—la capital de Sevilla está a mi disposición—suplica a usted se sirva decirme si eso de *se pretenden relaciones* es con buen fin. Porque hay relaciones lícitas é ilícitas, y aun cuando ambas relaciones tienen acento en la í, la sociedad las acentúa de manera diferente.

A la vez que me dé contestación a la anterior pregunta, espero me diga también con qué cuenta. Porque si yo voy a llevar una capital y usted va a traer una aldea, no me hace clase.

Contésteme a la Redacción de *Don Cecilio*, señora del cuarto bajo, Sevilla.

En una fiesta inglesa, cuenta un periódico que un inglés de quince años dió un beso a una inglesa de catorce.

El asunto pasó al juzgado, y el señor juez condenó al inglés a quince días de cárcel: a día por año de edad.

—Vea usted—me decía uno—nosotros en esto, *seamos* más prácticos. Ese mismo inglés, ú otro cualquiera, le da un beso a mi hija; yo lo veo, le doy cuatro patás y diez golpes de reló Roskoff... y asunto concluido. Sin juez, sin *papé sellao*, y sin *ná*.

CARRASQUILLA.

HABLA GARCÍA

No crean nuestros lectores que es el famoso personaje de *La vuelta al Mundo* creado por aquel actor genial que se llamó Arderius, no; el García que habla ahora no ha hecho tan largo viaje, aunque sí más productivo: pasó del ministerio al Banco y del Banco al ministerio, y aunque ahora habla de América, como de otras muchas cosas de que no entiende, es porque su ocupación ú oficio de ministro de temporada y de gran elector de tanta, a cambio de porrazos y caídas de latiguillo, le obliga a rectificar todo cuanto hagan y digan los republicanos de allende y aquende el Atlántico, y alguna que otra vez se permite los lujos de excursiones históricas para recordar acontecimientos que prepararon los hombres de su partido, más atentos a producir el desorden y la perturbación, la indisciplina y la desobediencia en el ejército para que triunfara la monarquía, aunque España sufriera las consecuencias de un período anárquico, ó cayese en manos de los enemigos de la libertad.

Este señor ministro, que dirige besalamanos invitando a tomar té, ahora que hace mucho calor y estaría más recomendado un refresco, debe irse preparando y haciendo gran acopio de tila, porque mucha va a necesitar para el próximo otoño, cuando vea que esos pocos republicanos que residen en la Argentina, y en Méjico y en las demás repúblicas hispanas del continente nuevo, son el noventa por ciento de nuestra colonia, y cooperan con su moral influencia, con su dinero y con sus valiosos trabajos, para libertar a España de ministros como García; porque esos pocos tan despectivamente tratados son los que regalaron barcos cuando la guerra yanqui, y que tantos elogios merecieron de los gobiernos de entonces.

Que se frote de gusto hablando con la prensa de cámara de las disidencias republicanas, por si Nakens dijo ó Pi expuso, ó el otro habló en tonos más ó menos exaltados; ya verá, ya verá las disidencias en la batalla que libra contra nosotros, y en otra jornada más interesante aún, dónde están las disidencias de los republicanos y dónde está el espíritu, la voluntad y la decisión del pueblo español.

No hablamos de esas hojas que tan

duramente califica el ministro y que han circulado con gran profusión por San Sebastián, y circularán más dentro de unos días por la comarca aragonesa y por algunas ciudades castellanas.

Cincuenta ciudades importantes, las más importantes de España, donde no puede hacer presa el caciquismo y donde responderemos gallardamente a la provocación y a la violencia, responderán de modo bien elocuente a esos desplantes ministeriales; y ni esos quinientos mil duros que se dice están preparados ya en las cajas de un centro electoral de Madrid servirán para otra cosa que para demostrar la impotencia de los monárquicos (caso de ser cierto que hay desprendimientos, en los que nunca hemos creído, y menos viniendo de donde vienen), ni los desplantes hacen mella en los espíritus bien templados del pueblo, ni las anunciadas disidencias sirven para más que para demostrar que la causa del Gobierno está irremisiblemente derrotada y perdida; cuando a tales extremos y a tan significativas minucias tiene que acudir para producir efecto.

Hay que resignarse a morir, señor ministro; porque ha llegado la hora en el reloj nacional; y ya que la muerte no se puede conjurar, prepárese bien y reciba todos los auxilios espirituales, ocupando su tiempo en ellos en vez de dedicarse a hablar de nuestras disidencias.

A. A.

Cura petardista

Ha llegado a mi noticia que un cura perulário, muy conocido en Sevilla, ha ido al palacio arzobispal y ha descargado un montón de mentiras para hacer creer al Arzobispo que había sido mi amigo y colaborador en EL BALUARTE, pero que estaba arrepentido y dispuesto a servir al Prelado, descubriéndole quiénes eran los que estaban a mi lado y comunicándole cuanto había visto y oído durante el tiempo que, según él, nos habíamos dispensado mutua confianza.

Sin más que relatar tan baja acción, queda hecho su retrato: un traidor, un espía. ¡Qué asco! ¿Cómo no lo tiraron de la cámara arzobispal a la calle, por decoro, por precaución? Hombres honrados, escúpidle.

Yo no me vindicaría de semejante granuja si no fuera porque dicen que trata de que le den un curato como premio de su traición; esto es lo que me estimula, porque es un lobo hambriento que se está comiendo las uñas, y no puedo permitir que con pretexto mío caiga sobre ningún pueblo semejante calamidad.

Si se diera ese caso, a última hora se llevaría hasta las estopas de la Unión.

Las casas de préstamos están por lo regular bien surtidas de prendas suyas y ajenas, pues ha de saberse que si se le deja un reloj para que lo mande componer, equivoca la casa y lo lleva a la del prestamista.

Si el casero, el zapatero y el sastre fueran a reclamarle, de un modo u otro, lo que les debe, la casa y las prendas o el pago de sus trampas, probablemente se quedaría en la calle desnudo y descalzo, según dicen todos los que le conocen.

Y quien está hace, y muchísimo más que no cuento por ahora hasta que lo tenga bien merecido, ¡qué extraño es que no tenga escrúpulo en explotar mi situación, engañando al Arzobispo para que le dé dinero, o una bolsa parroquial donde pueda meter la mano hasta el codo, o hasta el hombro, si es preciso, para llevarse hasta el último céntimo?

¡Es un miserable! En la actualidad está procesado por camorrista, y pendiente de una porción de demandas por insolvente.

Y hay que ponerse las manos en la cabeza oyendo hablar de la explotación de un colegio de pega y pego que ha tenido varios años, ya extinguido por consunción, y que en realidad era una mala casa de huéspedes, menos aún, una perrera: con decir que en aquella casa se hacían de un huevo tres tortillas, añadiendo agua, por supuesto, a cualquiera se le alcanzará que los chicos estarían muy bien nutridos. Luego, cuando ya no se podía estirar más la dieta y los muchachos

se alborotaban, faltando a la buena educación, según él, se le echaba la culpa a la cocinera y se la despedía por ladrona sin pagarle sus salarios, pues daba la casualidad de que nunca estaban al corriente. ¡La mar y sus corales!

Yo he tenido algún trato con él, pero superficial y de tarde en tarde; últimamente le dió por frecuentar algo más mi casa, y aunque yo siempre le miré con recelo, porque miente mucho, no sabía yo que venía a ella como espía, ¡es esto una cosa que rebaja tanto! ¡Basura! Si lo sé, lo mató como a un zorro a la carrera, porque es muy cobarde y huye como una liebre en cuanto asoma un peligro; no es menester que esté muy cerca. Así cuentan que salió de la trastienda de la botica de Montellano, á escape como una liebre, perseguido por un cura de buen temple y honradísimo, al que calumnió villanamente porque se resistió á ayudarle á fundar, de cualquier modo, un hospital para estar al vecindario. Un D. Pío Pienso.

Su cultura, como es natural, está a la altura de su moralidad: es un mulo, no hay más que mirarlo, un mulo montado por una mujer, porque ella es quien le manda y quien le dirige. Y no marchan mal.

Después de lo dicho, mis lectores se quedarán con la gana de saber cómo se llama este presidiario, unos por curiosidad, otros para guardarse de él.

Llamémosle.... *Ganzúa*.

Tal vez más adelante lo envolvamos en una causa criminal, y entonces lo presentaremos camino del Juzgado, ó de la Cárcel, diciendo:—¡Ese es! Fulano de Tal.

FRANCISCO MARTÍN LÁZARO, PRO.

Misionero Apostólico.

El tesoro en el espejo

Había jurado por mi capucha y mis sandalias no volver a mentar a León XIII, dejando a la curia romana que vaya elaborando tranquila la canonización de Joaquín Pecci, a quien las generaciones futuras verán en los altares, como verá a Pío IX. ¿Qué se íten usted? Pues si ya no lo está, es porque todavía están muy frescas sus hazañas y desatinos; dejen que los años echen su patina protectora sobre los sucesos y que la distancia envuelva las cosas en los nebulosos cendales de la leyenda, y ya verán ustedes lo que es bueno. Cuando murió Pío IX se le pintó subiendo al cielo rodeado de ángeles y con el nimbo ó aureola de los santos en torno de su cabeza; lo mismo han pintado a León XIII y por esas calles se han vendido las láminas a diez céntimos. Los papas dictaron leyes severísimas contra los que atribuyesen honores de santidad a sujetos a quienes la Iglesia no había declarado oficialmente santos; pero eso era tratándose de quien no hubiese sido Papa, porque ellos no sólo son santos, sino santísimos, y así se les está llamando a todas horas, y ellos se lo creen, y así sigue toda esa farsa y zarabanda entre pillos y tontos. ¡Qué le había de decir a Juana de Arco, por ejemplo, quemada viva por bruja y hechicera a instancias del obispo de Beauvais, que había de verse en los altares de Orleans! Antiguamente ya se sabía: con hacer cuatro majaderías ante el vulgo, llevar el traje roto y no lavarse nunca, como Simón Silita y Juan de Dios, apenas morían estos desequilibrados la gente se repartía sus reliquias, les encendía cirios y los declaraba santos.

Leyendo *El Año Cristiano* ó el *Flos Sanctorum* se revuelve el estómago al ver tanta suciedad y cochinería ensalzada en nombre de Cristo, y no le cabe a uno en la cabeza que haya seres humanos capaces de hacer los horribles disparates de Santa Rita, San Benaventura y la venerable Iocés de Beniganim.

Pero, en fin, vamos a lo mío.

Cuando, tiempo atrás, comenté lo enorme de la herencia que había dejado León XIII, la prensa béa me llamó embustero, calumniador y farsante. Hubo hombres muy radicales que tampoco creyeron en la riqueza del Papa; y yo contestaba a todos:—Pues todavía no ha salido a luz todo el dinero que había. Indaguese en los Bancos y casas de banca, y se hallarán cantidades a nombre de Joaquín Pecci; el Papa era económico hasta la sordidez, estaba atacado de esa exaltada avaricia seolil que acomete a ciertos hombres poco tiempo antes de su muerte; era un avaro vulgar y había hecho lo que todos ellos: almacenar y esconder, como la utraca, por todos los rincones; si yo fuese testamentario levantaría todas las baldosas de su habitación, es-

cuadraría los muros, registraría los colchones y desharría los muebles; en todos estos sitios tiene que haber dinero escondido. León XIII era un avaro vulgar y necesariamente tiene que haber empleado los procedimientos vulgares de todos los avaros.—Cuando me oían hablar así me contestaban:—Un Papa no hace esas cosas; le sobran sitios donde tener su dinero bien seguro, sin andar buscando escondrijos.—Y yo añadía:—Pues un Papa, un rey y todo bicho viviente, si es avaro, esconde su dinero donde primero se le ocurre, sin saber por qué, por instinto, obedeciendo a una ley fatal. La cuestión es esconder y apartar de la circulación aquellas sumas que tanto aman.

Yo tuve un pariente que sepultó en el campo una suma enorme, y luego se le olvidó el sitio, no pudiendo hallarla, y murió loco de desesperación por ello; a una señora amiga mía le encontramos nada menos que quinientos mil pesetas en billetes debajo de la piedra de la mesilla de noche; y al obispo de Zamora, señor Balista, se le hallaron numerosas latas de sardinas llenas de billetes de Banco dentro de unos cubos viejos.

Por eso los cardenales Rampolla y Mocenni, testamentarios de León XIII, han organizado un rebusco en toda regla en todos los muebles y habitaciones del difunto Papa, hallando diferentes cantidades bajo las baldosas, en agujeros de la pared y en secretos de varios muebles, entre ellos en un reclinatorio para rezar. Donde estaba encerrado el gato más gordo fué detrás de un espejo; allí, envueltos en un trapo, había títulos de la D.uda extranjera por valor de cerca de un millón de francos, cuyos cupones estaban sin cortar hacia años.

¿Qué ta? ¿No escarmentarás todavía los necios que lagrimean al escuchar la miseria y escasez que pasa el Santo Padre? Miles y millones de pesetas escondidos en aquellas estancias del Vaticano, inútiles, sin producir nada, sólo para recrear la vil pasión de un fantasma que pisaba los umbrales del sepulcro. ¿Tan sobrada estaba la Iglesia que su jefe podía esconder impunemente millones? ¿No había pobres en Roma, en Italia, en el mundo entero? Y si el dinero se robaba, por qué los obispos, los cardenales, el mismo Papa, pedían y pedían sin cesar?

¡Qué cuadro, Santo Dios! Ver allá, en las tinieblas de la noche, después de bien cerradas las ventanas, la silueta apergaminada del muerto Papa, abrir sus escondrijos, recontar sus títulos y billetes, manosearlos con mano convulsa por la emoción, trasladarlos de sitio, mirando con recelo a todas partes; echarse en el suelo, levantar baldosas y meter allí dinero; luego dar unaojeada al espejo que servía de guarida a un millón, y, cansado y reido con este trajín, postrarse ante el reclinatorio, cuyos almohadones estaban también repletos de billetes. ¡Qué fé, qué religión, qué concepto de la vida cristiana el de esas gentes, el del Papa y jefe del orbe católico!

Y mientras estas escenas que el cielo miraría con asco, pasaban en una cámara del Vaticano, un clamor inmenso, sin tregua ni descanso, recorría el mundo entero diciendo a todos:

—¡El Papa es pobre! ¡Llevad limosnas al preso del Vaticano!

Y las limosnas y los donativos llovían a raudales....

¡Qué farsa! ¡Qué vergüenza!

FRAY GERUNDIO.

Las rosas del jardín azul

Bellísimas jóvenes, adolescentes impetuosa, guardaos bien de ser juiciosos y formales. A vuestra edad, lo más razonable es llevar la alegría hasta la locura. La humanidad es una abuela que necesita, para alegrarse, oír la música de vuestras risotadas infantiles, y más tarde la de vuestros besos apasionados. No creáis al que os predique la sensatez y la seriedad; no escuchéis al que os hable de los desencantos y de las amarguras del placer, último residuo de la vida. No; vivid alegre y apasionadamente. Tirad puñados de flores a las narices de la experiencia; dejad que la abeja de oro del beso se pose en vuestros labios entreabiertos; abrid también el corazón, para que en él hagan su nido las pasiones; ¡jamad! ¡daos prisa a amar! No perdáis el tiempo en vacilaciones, porque el tiempo arrebató los placeres y la posibilidad de gozarlos, y os sucederá lo que, en tiempo de las hadas y en un reino próximo a Bagdad, sucedió a la menor de las hijas del rey, de cuya historia se hizo una canción que he olvidado; sólo recuerdo el estribillo:

*La niña hermosa,
la que no quiere
coger la rosa
del huerto azul.*

II

El día en que esta niña cumplía quince años, estaba paseando a orillas del río y vió un jardín como nunca había visto otro. Parecía tan grande como el mundo entero; las hojas de sus árboles eran azules como el cielo y sus flores semejaban llamaradas; flores tan bellas y luminosas y dotadas de tan delicioso aroma, que hacían pensar en el Paraíso.

—Buenos días, niña que cumples quince años—dijo una hada que salió de un macizo de verdura deslumbrante de pedrería. Y añadió sonriendo:—Entra, hija del rey: estás en edad de gozar de las únicas flores dignas de ser cogidas. Lo mismo te invitaría si fueses hija de un pobre leñador, con tal de que tuvieses quince años. Nada temas; entra y haz el ramillete cuyas flores perfumarán tu vida entera, porque estas flores se llaman Caricias, Besos y Sonrisas; y las más pequeñas, apenas entreabiertas bajo las hojas azules, son los rumores del primer Amor.

¡Con qué alegría se lanzó la princesa por la primera vereda del jardín y extendió su mano hacia las flores, cuando....

III

Cuando un enano monstruoso y viejo le dijo entre toses y resoplidos de fatiga:

—¡Conque corriendo solita! ¿No hay en Palacio sirvientes que os acompañen, ni ropa que arreglar en los armarios, ni postres que confeccionar, ni criados a quienes ajustar las cuentas?

—Pero la hada me ha dicho....

—La hada no sabe lo que se dice. Estas flores que exhalan un fuego devorador se llaman Amarguras, Desesperaciones y Lágrimas.

La princesa permaneció un momento indecisa y después se encaminó tristemente a Palacio.

—En último caso—se decía—nada pierdo con reflexionar un día; mañana encontraré el jardín en el mismo sitio.

IV

En esta indecisión pasaron muchos días. Murió el Rey, fué coronado el hermano de la princesa, y ésta, que no había querido casarse, buscaba en vano algo que calmara su inquietud, sin atreverse nunca a plantar en los tñbores de palacio las hermosas flores del jardín azul, hacia el cual extendía con frecuencia sus brazos desde las ventanas de la regia morada; pero acordándose siempre de las palabras del enano.

Por fin, una ardorosa mañana del estío decidió que iría resueltamente al jardín a hacer el delicioso ramillete.

Salió sola y se puso en camino, siguiendo la orilla del río.

V

Conforme avanzaba, iba tomando cuerpo en su imaginación una idea alarmante. ¿Se habrían apagado y extinguido aquellas hermosas flores?

No tardó en salir de dudas; al dar vuelta a un recodo del camino, se le apareció el mágico jardín con toda su soberbia magnificencia; sus flores, que parecían llamaradas, su follaje azul como el cielo y sus aromas paradisiacos.

Loca de alegría, palpitante de deseo, la princesa iba a lanzarse a través de la espesura, cuando la voz de la hada, que se le presentó con su deslumbrador atavío, le dijo severamente:

—Hija del rey, ya no entrarás en el jardín en que abren sus corolas de fuego las únicas flores de este mundo que vale la pena de coger, y lo mismo te cerraría el paso si fueses hija de un emperador y de la reina de una estrella, porque hace ya mucho tiempo que tuviste quince años. ¡Mírate en las ondas del río!

La princesa se inclinó sobre la corriente y se vió con los cabellos grises.

—Adios, hija del rey, tienes ya cincuenta años.

La hada desapareció, un seto vivo se alzó ante la princesa, y ésta cayó anonadada y deshecha en llanto, lamentando haber sido

*La niña hermosa,
la que no quiso
coger la rosa
del huerto azul.*

CATULLE MENDES.